

EL HIJO PRODIGO

ENRIQUE PASCUAL CALVO

INTRODUCCION

La comprensión del *sentido inmediato* de una parábola parece cosa fácil y abierta a todos. Si se abre un libro para leer es porque la experiencia cree percibir el sentido del texto como dato inmediato. Hay una lógica del lenguaje que permite leer y escribir. El «poder leer» es correlativo al «poder decir» o «poder escribir». Por eso el pueblo invoca la lectura intuitiva como fuente de sentido.

La verdad es que cualquier texto es accesible a todo lector competente. «Saber leer» es estar capacitado para encontrar sentido. Pero también es verdad que no todo el mundo es competente ni está capacitado. La lectura popular libera algunos de los secretos de un texto, pero no todos. Para ello hace falta otro tipo de competencia distinta de la intuitiva. Sobre todo hay que evitar las transposiciones metafóricas que continuamente solicitan al lector para introducir sus obsesiones, sus presupuestos y hasta sus manías. Es indispensable dejar hablar al texto; no enmudecerlo atribuyéndole lo que ya sabíamos de antemano. Hay que evitar una explicación que remita a algo diferente del texto.

Por eso hay que recurrir a una *lectura científica*. Científico es el interés por lo real y objetivo; es una exigencia de interpretación confrontable objetivamente con lo real, es decir, verificable.

Hay diversas lecturas científicas, cada una de las cuales ofrece diferentes sentidos: está la lectura teológica, la histórica, la filológica, la arqueológica, la filosófica, la crítica textual, la crítica literaria, la crítica redaccional, los géneros literarios, la lectura sociológica, la psicológica, la fenomenológica, la económica, la política, la religiosa, etc. Los diferentes itinerarios seguidos en la búsqueda del sentido darán diferentes resultados. Estos resultados son

complementarios unos de otros; sus diferencias se deben únicamente a que el texto ha dado diferentes respuestas porque se le han hecho diferentes preguntas.

Nosotros vamos a dar primero unos *datos filológicos*; después vamos a analizar el *género literario* de la parábola; y finalmente vamos a utilizar los frutos de la *semiótica* (sistema de signos) y del *estructuralismo* (sistema de relaciones)¹ cuyo postulado fundamental es que los elementos del relato tienen significación debido a sus mutuas relaciones.

No nos pronunciamos sobre la validez de las otras lecturas ni reclamamos un privilegio para la nuestra como si fuera la única y la definitiva. Nadie posee en exclusiva la clave del texto ni su sentido se adquiere del todo con una sola lectura, pero tampoco se pueden hacer todas de una sola vez. Simplemente vamos a hacer una de las lecturas posibles de un texto antiguo para buscarle sentido para hoy.

I.—PRIMER NIVEL. LA PARABOLA COMO TEXTO LITERARIO

1. LA PARABOLA COMO «MĀSHĀL».

La parábola evangélica es un subgénero del género *sapiencial* «māshāl»². «Mashal» es una *raíz* común a todas las lenguas semíticas cuyo significado es «efigie», «representación»³. Es decir, es un *símbolo* para expresar otra *realidad*. Más allá de su sentido inmediato contiene un sentido profundo.

La *forma verbal* significa «representar algo en forma de efigie», de donde procede la descripción por medio de una *comparación*; «comparar» o «ser semejante a». La *forma nominal* significa una sentencia o varias (un poema) construidas de alguna manera en *paralelismo*.

Todo «māshāl» es una planta cultivada artificialmente por un sabio que en la época del destierro era llamado מוֹשֵׁל (moshel), es decir, narrador de parábolas, creador de proverbios, o recitador de sentencias (cf. Num 21, 27; Ez 16, 44). Supone una sagacidad popular derivada de la experiencia en

1 Vamos a seguir muy de cerca el capítulo III «Había que celebrar fiesta...», *Controversia y parábolas, Lucas 15*, del Grupo de Entrevernes, *Signos y parábolas. Semiótica y texto evangélico...* (Madrid, Cristiandad, 1979) pp. 101-52.

2 En hebreo מְשָׁלִים, מְשָׁלוֹת, מְשָׁל (māshāl, meshālīm, meshālōt). En arameo מְתַלֵּי, מְתַלִּין, מְתַלָּא (matlā, matlīn, matlayyā', matlē).

3 En su propia raíz, el «māshāl» indica una relación entre dos cosas.

el trato con los hombres y en el contacto con la naturaleza. Su origen es popular, pero su formulación es fruto de la sabiduría. La vivacidad de sus imágenes y las expresiones felices hacen que se instale en el corazón como por sorpresa. Si está bien hecho, es breve, rico en contenido, sorprendente y hasta paradójico. Precisamente por su carácter pregnante no libera de repente todo su sentido ya que no es un enunciado conceptual, sino una *invitación* a la reflexión y a la contemplación. Es una analogía que solicita la imaginación y la inteligencia del oyente para descifrar el *enigma* propuesto. Es un ejercicio de sabiduría, es una invitación a ser sabio, a ser inteligente.

El «māshāl», como *verbo denominativo*, significa también «hablar poéticamente» con proverbios, parábolas y comparaciones. Es un caso típico del profeta Ezequiel (cf. Ez 16, 44; 17, 2; 21, 5; 24, 3; etc.), pero fue utilizado por *todos los profetas*. Así, pues, el «māshāl» es también un género *profético*.

Más aún, el «māshāl» ha sido un género *apocalíptico* para expresar algo enchido de *misterio* y referido al *reino escatológico*. Como relato enigmático precisa una *explicación*. De ahí que la literatura apocalíptica (Dan 2, 4; 7-9; Enoc 37-71; 4 Esd 3-4; 9-12) recurra a explicaciones dadas por Dios o un ángel a personajes privilegiados. De esta manera, la revelación se produce en dos etapas: el *relato* y su *explicación*.

Los *Evangelios* y el *cristianismo primitivo* aplicaban el término «parábolas» (en plural) a diversos tipos de *textos narrativos* (p.e. Mt 13) y a los «*dichos*» concisos o breves imágenes verbales (p.e. Mc 4, 23.33; 7, 15-18) utilizadas por Jesús.

Jesús utilizó abundantemente el género «māshāl»: «enseñaba» con «meshālīm» (Mc 4, 2); «hablaba» con «meshālīm» (Mt 13, 3.10.13.33.34[bis]; 22; 1; cf. Mt 13, 53; 21, 33.45); «proponía» «meshalim» (Mc 3, 23; 4.33.34; 12, 1.12; Mt 13, 24.31; Lc 5, 36; 6, 39; 8, 4; 12, 16.42; 13, 6; 14, 7; 15, 3; 18, 1.9; 19, 11; 20, 9.19; 21, 29).

Era una *característica* de Jesús el hablar con parábolas, es decir, con «meshālīm»: «sin parábolas no les hablaba» (Mc 4, 34). Estas parábolas eran «muchas» (Mc 4, 2.33).

Para el redactor de Mt 13, 35 Jesús, hablando en parábolas, cumplía un dicho profético del Sal 78, 2: «abriré mi boca en parábolas». El autor del Sal 78 es un tal Asaf que en 2 Cron 29, 30 es llamado profeta. Quizá por eso algún copista ha añadido en Mt 13, 35 que se trataba del profeta Isaías.

«Abrir la boca con parábolas» es una expresión de tipo sapiencial como se ve por la presencia de los términos «māshāl» y «hīdōt» אִדְוֹת en el mismo verso. Es una forma solemne de introducir un dicho sapiencial.

A nosotros lo que nos puede interesar aquí es que el salmista llama «parábolas» y «enigmas» al sentido salvífico de la historia de Israel que él va a desvelar con la «instrucción» הַרְאָה «tōrah» de este salmo (cf. v. 1).

Según todos estos testimonios, Jesús era un «moshel», un «parabolista», un sabio y profeta predicador que anunciaba su mensaje con parábolas y con dichos sentenciosos.

Jesús utilizó también otro tipo de «obras» que antes no solían ser incluidas en el antiguo género de «māshāl» pero que son verdaderas «parábolas en acción»: las «curaciones», los «exorcismos» y las «acciones sobre la naturaleza» (p.e. Mc 13, 28; Mt 24, 32). Hoy día se ha caído en la cuenta que este vocabulario no es una innovación pues ya en la carta a los Hebreos (11, 19) se dice que la resurrección de los muertos es una «parábola».

Estas parábolas en acción son irrupciones de poder que manifiestan una competencia en el «hacer» (milagros) análoga a la que ya se expresaba en el «decir» (enseñanza con parábolas y dichos).

Así, pues, Jesús enseñaba el Reino de Dios con «parábolas» con «dichos» y con «acciones poderosas». La conjunción de estos tres hechos ya hacía de él un maestro especial. Pero es que, además, la diferencia de Jesús como «mōshel» respecto a la sabiduría popular antigua y a la sabiduría rabínica es que lo hacía con una «autoridad» peculiar que era su autoridad mesiánica; lo hacía como «Señor»⁴, no como los mil rabinos que pudo haber en Israel.

Jesús heredó una sabiduría tradicional, pero la ejercitó de un modo enteramente peculiar, como correspondía a quien era «más» que Salomón y «más» que Jonás; como correspondía a quien era «Señor» de David.

En todo este contexto, un «māshāl» de Jesús era como un objeto curioso que entregaba a sus discípulos para que desvelasen su sentido último respecto a su propia persona y al Reino de Dios.

Por eso Jesús, utilizando también el estilo apocalíptico, explicaba él mismo las parábolas al grupo restringido de sus discípulos (Mc 4, 10-11.34; 7, 17-18; Mt 13, 36-37; 15, 15-20) haciéndoles ver la referencia al Reino de Dios (Mc 4, 30; cf. Mt 11, 2.25; 13, 11.16; Mc 4, 13; Lc 10, 21.23-24; 12, 41).

Que esta actividad interpretativa era importante se ve, entre otras cosas, por la reiteración de la acción con tres verbos diferentes:

ἐπι - λύειν (epilyein) (Mc 4, 34): «desatar», «desliar», «desenredar»;
 δια - σάφειν (diasáphein) (Mt 13, 36): «aclamar», «interpretar»;

4 En arameo ܡܪܝ / ܡܪܢ , ܡܪܝܢ (= ܡܪܝ), ܡܪܝܢܐ , ܡܪܝܢܐܐ , (mārē / mārē', mār'i (= mār'i), mār'ān, mārānā').

φράζειν (phrázein) (Mt 15, 15): «indicar», «mostrar», «hacer ver» (algo que no se conoce).

Los tres verbos indican que en las parábolas hay un secreto escondido que de alguna manera Jesús desvelaba a sus discípulos.

Los orientales fueron maestros en el arte del «māshāl». Israel tiene verdaderos monumentos en sus páginas sapienciales, proféticas y apocalípticas. Jesús también fue sabio y profeta y apocalíptico construyendo él mismo sus propios «meshālīm». Como *sabio* muestra un arte consumado en formular su experiencia en el contacto con los hombres y con la naturaleza. Como *profeta* muestra una sensibilidad exquisita para que su palabra humana haga referencia al encuentro con Dios que es la fuente de su saber y de su hacer. Como *apocalíptico* él mismo revela a sus discípulos el secreto escondido que hace referencia al Reino de Dios y a su propia persona.

Es posible que las tres parábolas de Lc 15 sean un «midrāsh» de Jer 31: la oveja perdida (Lc 15, 4-7) sería una reelaboración de Jer 31.10-12; la dracma perdida (Lc 15, 8-10) haría referencia a la mujer que encuentra a sus hijos perdidos (Jer 31, 15-16), y el hijo pródigo (Lc 15, 11-32) sería la imagen de Dios perdonando a Efraím su hijo preferido (Jer 31, 18-20). En este caso, el género parabólico participaría también de la actividad *midrāshica*. De hecho la literatura rabínica posterior a Jesús usó la parábola *midrāshica* para explicar la Sagrada Escritura. En nuestro caso, Jesús ejercitaría con él una actividad interpretativa de algún dato del A.T.

Según San Juan, *toda la predicación de Jesús* fue parabólica (enigmática) (cf. Jn 16, 25, «todo esto os dije en parábolas»). En el tiempo de la Iglesia, la misión del Espíritu es desvelar ese enigma (cf. Jn 10, 25-26; 16, 13.26). Hoy sabemos que *toda la vida* de Jesús fue una «parábola».

2. LA FORMA DE LA PARABOLA EVANGELICA

El relato parabólico es una creación poética, una ficción literaria. No se propone informar sobre unos elementos históricos. Pero no remite a otro mundo diferente del mundo real e histórico de los sujetos que actúan (Jesús y sus creyentes). No contiene maravillas ni prodigios como el cuento y la fábula; no es un mito que formule los paradigmas primordiales del cosmos y del hombre; ni una utopía que informe sobre la organización del mundo futuro.

Todo lo que dice es verosímil. Pero, en cuanto historia contada por un narrador, es un relato ficticio, es una figura plástica, no un relato histórico. Sin embargo representa vicisitudes de la vida corriente. Aún en los casos en los que anuncia el fin del mundo, evoca situaciones de crisis que

entran dentro del campo de experiencia de los oyentes. Los oyentes ven interpretados por otros actores las acciones que ellos podrían realizar por sí mismos.

Lo que sí le permite su carácter parabólico es ser subversiva porque en la parábola se puede dar lo excepcional y ciertas situaciones llevadas al límite⁵.

La parábola, en cuanto relato, tiene los mismos procedimientos narrativos y semánticos que otros relatos.

Es un *relato narrado*, es decir, está en labios de un narrador concreto (Jesús) y va dirigido a unos oyentes instalados todos ellos en el texto.

Pero al mismo tiempo el relato no se presenta como expresión directa del locutor, sino que éste desaparece ante los personajes que pone en escena, y los oyentes no se sienten interpelados por sus nombres. Por eso está escrito en tercera persona.

El relato parece discurrir por la vida que tiene en sí mismo. Independientemente de las actitudes del locutor o de los oyentes, su contenido enunciativo no cambia y es *indiferente al contexto*.

La parábola en cuanto relato es un «decir», comunica un conocimiento, una visión. La transformación que opera la parábola es del orden del «saber». Pone a disposición del oyente un «saber».

Como toda obra literaria exige interpretación. Por ser enigmática y paradójica, constituye una «instancia» de interpretación: insta, apremia, incita, urge a buscarle sentido. Por ser una acción, una representación escénica, es también un «hacer», una praxis, un ejercicio. Por eso su contenido no sólo puede ser *interpretado*, como se hace en el teatro, sino *vivido* por los oyentes en su propia experiencia personal. Por eso es una lección práctica que comunica un «saber-hacer».

Este «saber-hacer» no anula la distancia entre la *ficción* y la *realidad* sino que la mantiene en el orden del *juego representativo*. En ese juego parabólico es donde el oyente, o el lector, encuentra la solución del enigma.

3. LA FUNCION DE LA PARABOLA EVANGELICA

La función de la parábola evangélica es servir de *referencia interpretativa de Jesús o del Reino* que él instaura. Hay tres momentos:

5 Así, por ejemplo, en la parábola del hijo pródigo se aprecian las siguientes incongruencias: el hijo menor lleva mucho tiempo sin comer y, sin embargo, no se le sacia primero el hambre y luego se le da el banquete; la parábola ha perdido la mención de los destinatarios originales; el debate entre el padre y el hijo mayor no ofrece la conclusión del mismo; en la unidad familiar falta la mención de la madre.

a) *Autonomía*. Desde el punto de vista narrativo, la parábola es un relato dentro del relato, un texto dentro del contexto. La acción no se encadena con la acción precedente. Las personas, los tiempos y los lugares son anónimos e indefinidos, reducidos a papeles temáticos. Es un texto acabado, cerrado, que se mantiene por sí mismo, es una obra autónoma.

Posee una triple autonomía respecto a:

- la intención del locutor: la parábola no expresa el sentimiento del locutor, sino lo que su autor le ha hecho decir;
- la situación cultural: no relata una situación, sino que se distancia de ella;
- el destinatario primitivo: el texto como intermediario entre el locutor y el oyente tiene valor en sí mismo.

Debido a esta autonomía, la parábola como «obra» queda fuera del contexto de su relato primario y puede ser utilizada por otros interlocutores en otros contextos diferentes.

b) *Representación*. La autonomía del contexto es una metodología para poder proponer y organizar un nuevo universo significativo. Con ayuda de los recursos del lenguaje crea un sucedáneo de la experiencia. Por ser creación no es experiencia de lo real, sino sólo de lo posible. Crea una nueva posibilidad de estar en el mundo. Por ser imitable, no se refugia en lo fantástico ni en lo imaginario.

La ficción crea la posibilidad de nuevas relaciones redistribuyendo papeles y organizando un nuevo sistema de valores. Al presentar un mundo nuevo, critica el mundo presente; por ser creación de un mundo nuevo, es subversiva del mundo actual.

Mediante este ejercicio de simulación, el oyente es sacado de su mundo cotidiano para introducirle en un mundo nuevo en el que experimenta una nueva manera de ser y de obrar. El drama no es únicamente algo *que* se representa, sino algo *en que* se interviene.

c) *Interpretación*. La comprensión del sentido de una parábola es cosa fácil y abierta a todos. Pero interpretar es algo más difícil. *La parábola no es un juego inocente*. El Evangelio refiere parábolas en un contexto que es la persona de Jesús y el Reino de los cielos. En este contexto, la parábola pide no sólo ser comprendida, sino aplicada. Aquí hace ya falta una competencia especial.

El mundo nuevo de la ficción parabólica descubre una nueva comprensión de sí mismo. El nuevo modelo propuesto descubre en el oyente una nueva dimensión de su subjetividad que le pone en el trance de elegir entre la tabla positiva y la tabla negativa de valores. Si al final el oyente no ha traducido a la práctica de su vida el modelo propuesto del Reino de Dios,

no ha encontrado la solución del juego. La parábola es una palabra que requiere una interpretación práctica.

4. LA ESTRATEGIA DE LA PARABOLA EVANGELICA

Jesús muestra tener una estrategia respecto a sus discípulos, a sus adversarios y a la muchedumbre.

a) *En el contexto del relato.* La parábola aparece en el relato para *apoyar* o aclarar palabras o acciones de Jesús. Además, las parábolas de Jesús *suscitan reacciones* opuestas en los oyentes. Así, pues, las parábolas forman parte de la acción total de Jesús sobre sus oyentes. En ellas hay una condensación de su verdad.

El arte del juego en la creación de una parábola se produce interrumpiendo provisionalmente el hilo de la historia (del relato) en la que las matizaciones de los protagonistas rivalizan en secreto y se intercala una historia ajena a los actores, en tercera persona, en la que lo que está en juego se decide en un escenario ficticio que sirve de espejo para quien se quiera mirar en él. Así, el narrador hace oír una voz distinta de la suya: uno es el que narra y otro es el que juzga. En la parábola, la palabra no pertenece a nadie. Se despersonaliza el diálogo para permitir una libre repersonalización. La parábola crea la ilusión de la libertad. Decimos «ilusión» porque en la parábola se ejerce una presión: la de una alternativa y de una opción preferencial. En el juego de los personajes y de las acciones, el oyente está invitado a asumir la opción que se debe hacer, es decir, verificar el juego de los enunciados.

b) *En el plano significativo.* El conjunto de las parábolas constituye una especie de segundo evangelio: un evangelio irreal, intemporal, discontinuo, reductor, pero axiológicamente orientado. Es un nuevo código de lectura para comprender el resto del relato evangélico. La parábola es como la reflexión que el relato evangélico hace de sí mismo. Es un relato del relato: es como su arquetipo metahistórico, anterior al locutor y a sus oyentes, cuya realización se da en las variables históricas de cada oyente del mensaje del Reino. Es la esencia que se verifica en la existencia. Por eso las parábolas constituyen un precioso código de lectura para la comprensión del Evangelio.

II.—SEGUNDO NIVEL: INTERPRETACION DE LA PARABOLA DEL HIJO PRODIGO

1. PRINCIPIOS DE INTERPRETACION

Cada texto es un modelo literario para producir sentido. El *tipo de modelo* orienta al lector en la forma de hacer la lectura porque lleva en sí mismo las raíces de su sentido. Una parábola es un «*māshāl*» que invita a un juego inteligente que consiste en descubrir el secreto del juego representativo. En las propias parábolas están *las reglas del juego* que, según su género literario, son las siguientes:

a) Como forma:

- es un *artificio literario*: es una creación poética para expresar una experiencia humana;
- es una *representación*: es un juego escénico, una acción continuada. El autor presta su palabra y su acción a los personajes;
- es un *símbolo*: el texto juega con un sentido inmediato y con un sentido profundo. En él hay dos mundos paralelos.

Características formales:

- Su punto de referencia es la praxis, la experiencia humana. Ofrece un «saber-hacer». Se orienta a la vida.
- Por estar en tercera persona, es susceptible de ser eludido por el oyente, el cual puede verse representado en la acción o puede no encontrarse en ella.
- Además, su contenido enunciativo puede leerse en conexión y en desconexión de su contexto literario actual.

b) Como género literario:

- es un género *sapiencial*: por ser pregnante y paradógico, es una invitación a ser sabio. No es un enunciado conceptual, sino una invitación a la reflexión;
- es un género *profético*: como relato enigmático contiene un secreto escondido referido al reino escatológico. Por ser enigmático necesita una cierta explicación;
- es un género *evangélico*: Jesús fue un gran «*mōshel*», un gran «parabola». Una característica esencial de la predicación de Jesús y del relato evangélico es la «parábola», los «dichos» sentenciosos, y las

«acciones» cargadas de poder. Todo ello en referencia a la persona de Jesús y al Reino de Dios.

c) Como *unidad evangélica*.

Las parábolas del Evangelio, por ser unidades literarias, poseen una autonomía narrativa, pero, al mismo tiempo, por ser evangélicas, poseen también una dependencia del contexto.

— *Autonomía narrativa*. Las huellas de que la parábola del Hijo pródigo sea una obra independiente en sí misma aparecen en el propio texto: «dijo además...» la diferencia de las parábolas de la oveja y la dracma en las cuales aparecen personajes diferentes que representan una nueva configuración. El texto actual ha perdido la mención de los destinatarios y está ausente cualquier interpelación a los interlocutores, lo cual le da un carácter impersonal que delega en los actores la función expresiva, asumida por el autor sólo de manera invisible.

— *Dependencia del contexto*. Que la parábola del Hijo pródigo sea un eco de las dos de la oveja y la dracma perdidas no ofrece ninguna duda, no sólo por su cercanía literaria en el mismo capítulo 15 de Lucas, sino además por los siguientes elementos que de una u otra manera resuenan en las tres parábolas de la misericordia: desaparición y carencia, retorno y hallazgo, fiesta y comida, murmuración y protesta, invitación a comprender y a participar en el gozo.

El contexto inmediato es la murmuración de los escribas y fariseos por el comportamiento de Jesús que acogía y comía con los pecadores (Lc 15, 2).

El contexto general de todo el Evangelio está representado por los valores del reino, los enigmas de Jesús, y el encuentro con Dios.

2. INTERPRETACION

a) *Proceso de degradación* (Lc 15, 11-16).

El hijo menor tiene como proyecto la adquisición de unos determinados valores como medio para alcanzar la plena realización de su vida. La ejecución del proyecto va a poner en contraste las pretensiones y los resultados, cuyo fruto va a ser la decepción.

El *proyecto del hijo menor* se manifiesta en las decisiones que toma: petición de la herencia, partida hacia una tierra lejana, utilización de los bienes paternos, adquisición de otros bienes. Todo esto supone que el objeto buscado es estimado como un valor, que al constituirse en sujeto revestido

de «poder hacer», va a alcanzar la categoría de sujeto cualificado, es decir, va a «poder ser».

Pero la ejecución del proyecto tuvo como resultado que: disipó la hacienda, tuvo hambre, y se halló en tierra y en casa extranjeras. Así, con la adquisición del objeto estimado como valor se extinguió el «poder hacer» y el «poder ser». El valor adquirido no era un objeto durable, sino perecedero.

Todo esto supone que el proyecto del hijo menor era un programa negativo porque conducía:

a la ruina	=	el anti-poder
al hambre	=	el anti-alimento
a una tierra lejana	=	la anti-casa
a un patrón extranjero	=	el anti-padre.

Todo fue un juego entre:

el ser y el parecer
lo real y lo aparente
lo verdadero y lo falaz.

El hijo menor, cuando creía que estaba adquiriendo poder, en realidad estaba perdiendo poder; cuando creía que se realizaba, en realidad se estaba alienando. El hijo menor padecía una ilusión porque estaba invirtiendo los valores.

Este primer resultado va a producir una *disyunción entre el sujeto y el objeto* estimado como valor. Pero es que no sólo se va a perturbar la relación entre sujeto y objeto, sino que además se van a transformar *los diversos modelos familiares* que van a ver cambiados sus papeles naturales.

El *Padre*, cuya función natural es dar la vida, fomentarla y defenderla, va a quedar restringido a repartidor de bienes materiales.

El *hijo mayor* va a ver modificada su posición, pues, aunque él no pidió el reparto, el padre «les» distribuyó sus bienes.

El *hijo menor* va a quedar reducido a pródigo y a porquerizo. En cuanto *pródigo* va a quedar definido únicamente como peticionario de bienes económicos y por su capacidad de gasto. En cuanto *porquerizo* va a llevar una vida no humana, pues, en vez del espacio familiar, va a convivir con los cerdos, que son los animales impuros (no sacros) por excelencia, lo cual supuso haber llegado al límite de la degradación ontológica. Incluso va a estar peor alimentado que los cerdos pues la tierra extranjera no da comida, ni siquiera de cerdos, porque no es tierra nutricia, no es madre. Desear el alimento vegetal, crudo, de los cerdos, es un regreso al orden de la animalidad.

Lo más grave de la situación es que el pródigo, independientemente de sus decisiones, se distingue de los cerdos.

El hijo menor ha introducido una *inversión de valores* que se pueden expresar en estas dos tablas paralelas:

<i>antes</i>	—	<i>ahora</i>
bienes afectivos familiares	—	bienes económicos
una casa	—	una tierra extranjera
compañero del padre	—	compañero de cerdos
derechos del hijo	—	servidumbre de porquerizo
alimento de hijo	—	hambre de esclavo
heredero	—	menesteroso
reparto de bienes	—	alimento de cerdos
deseo de dinero	—	trabajo de criado

Lo mismo acontece entre:

<i>el verdadero padre</i>	y	<i>el patrón extranjero</i>
fiesta	—	trabajo con cerdos
comida humana	—	algarrobas
espacio familiar	—	espacio extranjero
vida de hijo	—	hambre y prostitutas
abundancia	—	supervivencia
instaura valores humanos	—	anula valores humanos.

La apariencia de los contra-valores no resiste la verificación y se produce la decepción. La experiencia ha sido una alienación: de la casa paterna salió un hijo; ahora tenemos un porquerizo. Así se hace imposible la permanencia en tierra/casa extranjera y se pone término al proceso de degradación interrumpiendo la experiencia. Poner fin a la vida de pródigo es manifestar el significado real de la partida.

b) *Proceso de restauración* (Lc 15, 17-24).

El retorno a la casa paterna, como camino inverso al de la partida, representa todo un proceso de restauración de los auténticos valores. Este significado se manifiesta en diferentes *frases programáticas*:

- «Volviendo en sí», es decir, reflexionó, recapacitó, es invertir el proceso inicial.
- «Se levantó y fue hacia su padre»: la dirección opuesta a la de la partida es el principio de la restauración.
- El padre «corrió a echarse al cuello», es decir, el padre transforma el retorno en reencuentro; el padre toma la iniciativa y se acelera el relato.

— «Había que celebrar fiesta»: en la casa hay un protagonista colectivo (la familia y los criados) del gozo que expresa el carácter engañoso de la vida de placer del pródigo.

— El hijo pide «pan», pero el padre le da «vestido, anillo, sandalias, banquete», es decir, restaura la dignidad filial. Esos objetos no tienen valor utilitario, atañen al ser más que al tener. Son signos del ser y del parecer hijo; son la proclamación de su filiación.

Con el proceso inverso de la partida, se restauran todos los modelos de las diferentes figuras de la familia.

La *familia* es a la vez una comunidad de sentimientos, manifestaciones de afectividad, signos de relación entre los miembros y una empresa con obreros, servidores, remuneraciones y actividades complementarias.

El *padre* es el representante de la ley («contra el cielo y contra ti»): la referencia próxima de la ley es el padre; la última es el cielo.

El padre fija el estatuto de cada uno de los miembros de la familia (obros, hijos). Ejerce su poder mediante la palabra y el uso de los signos.

El padre no impide la manifestación de los antivalores. El mayor siesgo que tuvo el hijo menor fue buscar bienes que representaban los antivalores.

El padre da más de lo que se le pide: se le piden pan, y él da el ser y el parecer hijo.

El padre organiza la fiesta: «hagamos fiesta...», suspende el curso de las actividades utilitarias. La empresa de trabajo se convierte en familia en fiesta. La casa se convierte en manifestación de valores. Fuera quedan el campo y las preocupaciones utilitarias. La fiesta de esta familia es homologable con la alegría en el cielo.

El padre representa los auténticos valores que son la herencia respetada.

La figura de *la madre* no aparece expresamente, pero no es problema debido al tono jurídico del relato. Además es indiferente porque en el contexto inmediato un pastor y una mujer (oveja y dracma perdidas) representan el mismo papel que aquí el padre.

El papel materno está representado de dos maneras: por la compasión, los besos y el reparto de bienes, que son temas maternos, y por la tierra nutricia que también es un tema materno. La verdadera madre sólo se encuentra con el verdadero padre. La ruptura con el padre conduce hacia las prostitutas que es el sucedáneo del tema materno.

El *hijo menor*, viviendo fuera de la casa paterna, era hijo sin parecerlo. Con el vestido, el ornamento y la fiesta, ya no sólo lo es sino que también lo parece.

Cuanto más se alejó el hijo de lo que era verdadero, más se afirmó el predominio de lo utilitario y biológico, y el carácter deceptivo de la expe-

riencia. La desaparición de la herencia representaba los antivalores. El retorno a la casa paterna y la acogida gozosa sancionada como buena en el cielo representa la restauración de los auténticos valores.

c) *El hijo mayor* (Lc 15, 25-32).

La figura del hijo mayor no es nada marginal en la parábola. Representa la protesta; es sujeto de la cólera y de la denuncia. Se opone al padre y al hijo menor. Es un anti-querer («no quería entrar» en la fiesta). Es la imagen del hermano menor al revés. La nostalgia del cabrito para celebrar con los amigos es el equivalente a la petición de la herencia, y es, como ella, una carencia. La figura del cabrito deforma también la imagen que él se hace de su padre y de su hermano.

El hijo mayor ha respetado la norma moral, pero esto le resulta decepcionante porque no ha recibido recompensa. Así, pues, él también es un sujeto de carencia.

Mientras sienta la carencia del cabrito, está instalado en el antivalor. El verdadero valor es la fraternidad, que aquí está representada por el punto de vista del padre. Cada uno de los hijos debe aceptar una renuncia de sus carencias: la herencia / el cabrito. Y sólo entrando en la fiesta encontrará su lugar de hijo y su lugar de hermano.

III.—TERCER NIVEL: EL ENCUENTRO CON DIOS

Ninguna de las palabras bíblicas ha sido consignada por escrito y transmitida a las generaciones posteriores por su valor literario, ni siquiera por las ideas en ella expresadas, sino como testimonio de un encuentro histórico con Dios. De ahí que en toda palabra bíblica haya que buscar este tercer nivel que es su mayor tesoro y la razón de su existencia y de su valor.

1. LOS VALORES DEL REINO DE DIOS

Las parábolas, en cuanto «acciones» del lenguaje, son expresiones y manifestaciones del sentido que tiene el sujeto que actúa en ellas, que en nuestro caso es *Jesús*.

Las parábolas son creaciones del lenguaje para, por medio de la palabra, proponer un modelo de valores. Pero las parábolas evangélicas son siempre relato dentro del relato evangélico: el narrador siempre es *Jesús*. Por eso,

los valores de las parábolas son siempre los valores que representa Jesús. Es evidente que, situadas en otros contextos, alcanzarían otras posibles interpretaciones, pero en el contexto evangélico, la persona de Jesús, y los valores que él representa, sean siempre su punto de referencia.

Las parábolas evangélicas no son episodios aislados sin relación orgánica con el contexto, sino que están estructuradas internamente en orden a los valores que se integran en la persona de Jesús. Todo el mundo de Jesús se reduce a lo que el Evangelio llama el *Reino de Dios* que no es otra cosa que el encuentro con Dios en su propia persona, en sus palabras y en sus obras. Las parábolas son como exégesis de ese reinado, de ese encuentro.

Explicar algo es hacer una labor interpretativa descodificando. Pues bien, el código que da sentido a todo el Evangelio es el *encuentro con Dios* en la persona de Jesús y en los valores del Reino de Dios que él realiza.

En este nivel, una palabra evangélica es una *palabra de Dios* porque en ella se nos desvela un modelo (privilegiado) de encuentro con Dios.

2. LOS ENIGMAS DE JESUS

En toda la tradición evangélica está claro que las palabras de Jesús (y no sólo sus palabras) eran enigmáticas. La verdadera naturaleza de su persona y del Reino de Dios constituyó un *enigma* para Israel y para los propios discípulos de Jesús. En el Evangelio sigue habiendo hoy un enigma que no se alcanza en lenguaje directo, sino que es objeto de revelación, y es *el encuentro con Dios en la persona de Jesús*.

En este nivel del encuentro con Dios, la parábola evangélica, no es una artimaña pedagógica ni una estrategia psicológica, sino un relato del actuar de la propia palabra de Dios. Por eso dijimos en su momento que la parábola no es juego inocente, sino que exige una competencia especial para alcanzar ese sentido último.

Poner en escena a unos personajes actuando en el espacio y en el tiempo es hacer una representación, es una forma literaria de «jugar». Representar una obra de teatro, o interpretar una sinfonía, es implicar al oyente en «lo que está en juego» en el escenario. El oyente está invitado a salir de su mundo para entrar en «el juego escénico». Para captar el sentido de lo que ve y oye le hace falta una «competencia de juego». Por eso, si en la parábola hay un arte de decir, también hay un arte de oír que es precisamente el comprender. No basta oír para comprender. Al que no comprende, de nada le vale oír. A quien en la palabra evangélica no se encuentra con Dios, le resulta difícil dejarse instruir por la parábola, oírla con espíritu de obediencia activa. Por eso los privilegiados de la explicación no son necesaria-

mente los que comprenden. Aquí, la comprensión se atestigua con la experiencia del encuentro, que es el verdadero fruto de la palabra. Por eso, lo que la palabra de Dios exige es poner en armonía el oír con el comprender, y el comprender con el encuentro. El interés de la comprensión de una parábola evangélica va más allá del simple «conocimiento», a no ser que el «conocer» lo entendamos en forma semítica como experiencia vital del amor.

El verdadero sentido de la palabra de Dios no se adquiere por la explicación, ni la explicación se mide por la inteligencia del oyente.

Más aún, respecto a la palabra de Dios no hay ninguna acción ni explicación que no encuentre su origen en ella misma. Su verdad y su desarrollo se envuelve de silencio, lo mismo que la semilla que crece sin saber cómo. La palabra de Dios no explica nada, pero hace todo explicable. Ni el que habla ni el que escucha puede dominar el trabajo escondido de la palabra.

3. ¿COMO ACCEDER AL ENCUENTRO CON DIOS?

¿Cómo acceder a este nivel del encuentro con Dios en su palabra? Para los niveles primero y segundo (la parábola como literatura e ideología) el camino era el estudio; para este tercer nivel no hay más camino que la vida en ejercicio, el sentir, el intuir, el vivir. El juego escénico no ha cambiado automáticamente el comportamiento del oyente. El juego que ha presenciado no ha sustituido la opción que él debe tomar. El juego le ha proporcionado competencia; ahora le corresponde entrenarse ejercitándose en opciones concretas entre los valores del Reino de Dios y sus contravalores. Aplicar «las reglas del juego» es propio ya del hombre «sabio» y «prudente» de la Biblia para quien la «sabiduría» es algo más que «entender». Si la creación de la parábola fue fruto del arte y de la sabiduría, su aplicación también lo será. Por eso comprender una parábola es un «juego de sabios».